

Patricia Highsmith

Revertir las normas Cómo la escritora enmendó la plana al moralismo estadounidense

JAVIER MENÉNDEZ
LLAMAZARES



Soy cínica, bastante rica, sola, deprimida y totalmente pesimista», se autodefinió Patricia Highsmith en su diario, a principios de 1970. Al final de su vida había logrado moldearse a sí misma: huraña, filocomunista, alcohólica, esquiadora, solitaria, noctámbula, radical, misantrópica... y una de las escritoras más vendidas del siglo XX. Y también una de las más respetadas, algo increíble si tenemos en cuenta que su género, el suspense, tardaría muchas décadas en perder el marchamo de comercialidad y abandonar la subliteratura para pasar de la cultura popular al parnaso de la alta literatura. Pero sobre todo, sería una autora a contracorriente, que no sólo mantendría una tensa relación de amor-odio con su propio país, sino que incluso sería capaz de enfrentarse al orden social establecido, replanteando la mane-

ra en la que la creación abordaba los temas más conflictivos: la violencia, la culpa, el bien y el mal. O la homosexualidad.

Desde luego, Highsmith no fue siempre una autora rica y famosa, y en 1948, mucho antes de convertirse en una bestseller internacional —el cine se subió a la ola de éxitos sus libros, y no al revés: Tom Ripley ya era una fiebre mucho antes de las adaptaciones cinematográficas—, Patricia era una joven aspirante a escritora, con un libro inédito en el cajón, que pululaba por el Nueva York de los años cincuenta, a caballo entre la generación perdida y los beatniks. Pese a haberse graduado en literatura en el Barnard College —la 'sección femenina' de la Universidad de Columbia—, no conseguía entrar en los círculos literarios. Aparte de escribir guiones de cómics, una tarea tan mal pagada como poco prestigiosa, tenía que trabajar como depen-

dienta en los grandes almacenes Bloomingdale's, en la sección de juguetes. Una tarde, una atractiva rubia entró a comprar una muñeca para su hija, y le dejó anotado su nombre y dirección. Según ella misma contaría, Highsmith volvió a su casa y escribió casi de un tirón todo el argumento de una novela inspirada en ese encuentro fortuito. Allí volcaría no sólo sus deseos y fantasías, sino parte de sus propias experiencias.

Justo así arranca 'Carol', que probablemente contenía mucho más que ficción. En ella, una joven llamada Therese Belivet —que, pese a aspirar a convertirse en escenógrafa, se ve obligada a trabajar temporalmente como dependienta— queda fascinada por una clienta a la que vende una muñeca. Conocer a esa mujer, recién divorciada, hará que su vida cambie por completo, al descubrir el amor sáfico.

Cuando Highsmith terminó de

escribir 'Carol', en 1951, ya no era una desconocida. Un año antes había publicado 'Extraños en un tren', un éxito estratosférico que cautivó especialmente a un lector muy especial: Alfred Hitchcock, que la llevó al cine unos meses más tarde. De modo que la escritora se presentó en las oficinas de Harper and Brothers convencida de que publicarían su nuevo manuscrito. Sin embargo, su editor lo rechazó. Y no por su calidad literaria. O porque abandonase el género negro, que tanto éxito le había reportado en su debut. Ni siquiera por sus escenas ligeramente subidas de tono. No. El gran problema es que aquella historia de lesbianas terminaba bien. Sin castigo, sin violencia, sin drama. Es decir: no era ejemplarizante.

A principios de los años cincuenta, en plena caza de brujas, la sociedad estadounidense estaba inmersa en una agobiante ola moralizante. Y no comenza-

ría a perder fuerza hasta mediados de la década, cuando la fiebre juvenil por el rock and roll daría un vuelco a la cultura de todo el país. Pero por entonces, pocos se atrevían a desafiar las buenas costumbres. Si una película, una obra o una novela trataban el tema de la homosexualidad, sólo podía ser para caracterizarla como un vicio reprochable y mostrar sus terribles consecuencias. Vilipendiados, vejados, reducidos a simples caricaturas... La novela de Highsmith no sólo confería visibilidad a una realidad incómoda, sino que la revestía de normalidad. De hecho, es la única de todas sus novelas con 'happy end'.

Tras la negativa de su editor, su agente la convenció para que no cometiera un 'suicidio literario', así que la obra apareció en una editorial menor, Coward-McCann, con un título diferente —'El precio de la sal'— y, sobre todo,

La creadora de Tom Ripley

JESÚS CABEZÓN



La novelista Patricia Highsmith (1921-1995), es una de las grandes autoras de novela negra. Su obra, que se sigue editando y leyendo, mantiene intacto su atractivo.

Hacia 1943 descubre su homosexualidad, aunque no asume su orientación sexual, tema que tratará en 1952 en su novela 'El precio de la sal', publicada bajo el pseudónimo de Claire Morgan y que trata de la compleja historia de amor entre dos mujeres. Fue una novela de éxito entre los grupos de lesbianas de aquellos años. Quienes conocen su vida y sus diarios (se publicarán en España en 2022) hablan de una

mujer antipática, narcisista, antisemita y racista. Su biógrafa afirma que «era una lesbiana que odiaba a las mujeres», aunque reunió una buena colección de relaciones y amantes.

Se inició en la literatura en 1950 cuando publica 'Extraños en un tren', que fue llevada al cine por Alfred Hitchcock con guion adaptado por Raymond Chandler.

Uno de los grandes temas de la obra de Patricia Highsmith es la mentira, la simulación, la falsedad; sus personajes se mueven en esa frontera sombría entre el bien y el mal, ofreciendo una visión pesimista de

la vida y un concepto sombrío del ser humano.

El pesimismo que se desprende de sus historias y sus ideas políticas no casaban bien con el 'american way of life'. Abandonó Estados Unidos y se trasladó a Europa en 1963 instalándose en Suiza, después de vivir en Reino Unido y Francia.

Fue una estancia en Europa la que le inspiró el personaje del amor Tom Ripley, y en 1955 publica 'El talento de Mr. Ripley', con la que inicia la saga del personaje literario que había creado.

Ripley es un personaje aparentemente normal, no es detec-

tive ni policía, sino un estafador inteligente, un personaje amoral, hábil falsificador, mentiroso y un ladrón y asesino ocasional; no se somete a la moral establecida y crea sus propios valores. Su habilidad le permite no ser castigado ni atrapado por la policía, alcanza un gran ascenso social y resulta un personaje tan atractivo como oscuro.

El personaje de Tom Ripley protagoniza cinco de sus novelas: 'El talento de Mr. Ripley', 'La máscara de Ripley', 'El juego de Ripley', 'Tras los pasos de Ripley', 'Ripley en peligro', novelas que han sido adaptadas al cine, la televisión y la radio.



Patricia Highsmith, fotografiada a los 27 años en su apartamento de Londres, poco después de llegar desde Estados Unidos. AP

bajo pseudónimo. Firmó su libro como Claire Morgan, y así su nombre quedó inmaculado, listo para forjar una carrera impresionante con una veintena de novelas y libros de relatos.

Gatos mejor que personas

Su vida privada, sin embargo, no resultaría tan idílica. Varias relaciones tormentosas, principalmente con mujeres, le hicieron decantarse por los gatos. Y, como otros heterodoxos, acabaría cambiando América por una Europa mucho más tolerante con sus ideas políticas. Inglaterra, Francia y finalmente Suiza, donde falleció en 1995.

Pero antes le daría tiempo a saldar una deuda pendiente. Una con su propia obra. Su novela maldita había tenido una larga vida desde su publicación. Al año siguiente, apareció en edición de kiosco, a veinticinco centavos. En 1969, Macfadden Books

la publicó en bolsillo, con una gran tirada. En 1983 la reeditó la editorial de literatura lésbica Naiad Press. Convertida en una novela icónica –la crítica del New York Times la definió como «material explosivo, con sinceridad y buen gusto»–, la sorpresa llegaría en 1990, cuando Bloomsbury publicó una nueva edición, la primera con el título de 'Carol', y firmada con su propio nombre. En un epílogo memorable, la propia Highsmith relatava la intrahistoria de la novela, y se alegraba de haber podido aliviar con su texto el sentimiento de soledad de otras muchas lesbianas. Y es que, hasta desvelar su autoría, los distintos editores habían hecho llegar puntualmente a Highsmith el correo que enviaban a Claire Morgan sus numerosas lectoras: había vendido más de un millón de ejemplares. Un millón de veces en la que había derrochado el orden establecido.

Contexto

Era un poco peluda, le faltaba un incisivo, pero su atractivo sexual era perceptible a una distancia de doscientos metros o más, como un olor; quizás fuese eso». Así comienza 'Oona, la alegre mujer de las cavernas', pieza brevísima que Patricia Highsmith incluyó en su volumen 'Pequeños cuentos misóginos', publicado por primera vez en 1975. Mi ejemplar, una tercera edición de Alfaguara de noviembre de 1983, se mantiene legible y de una pieza casi cuarenta años después.

La semana pasada, hablábamos con Pau Luque, escritor y

filósofo del Derecho –reciente ganador del Premio Anagrama de Ensayo–, quien saluda con regocijo la tendencia a definir los límites morales del arte. «Cada época tiene sus propios marcos», nos decía en Sotileza. Desde ese punto de vista, la creación se instala en un estado de permanente precariedad.

Pienso que los 'Pequeños cuentos misóginos' seguirán leyéndose mucho tiempo después de la muerte de su autora. Hace tres años, Anagrama lo incluyó en un volumen, junto a otros libros de relatos de Highsmith. En el mío, de 1983, una

sinopsis que ocupa las dos solapas trata de contextualizar el argumento y su tono. En resumen, la editorial asegura que nos encontramos ante un ejercicio de ácida ironía y que Highsmith odiaba a todo el mundo por igual: hombres y mujeres.

Resulta imposible, sin embargo, no pensar en el tiempo que pasa. El legado de Patricia Highsmith –si termina por instalarse en el territorio de los clásicos– no podrá sostenerse en apuntes biográficos que se verán cada vez más desdibujados en el presente siglo. No somos optimistas en cuanto al

impacto general de este libro en la sociedad, pero quizás surjan aún lectores curiosos y no asustadizos que decidan asomarse a relatos ajenos a su concepción del mundo. Y sin manual de instrucciones.

Estos resistentes detectarán la voz cruelmente burlona del texto; la del fabulador que parodiaba los prejuicios del pueblo, sacrificando literariamente a la mujer despreocupada, a la mentirosa o a la presumida que vuelve locos a los hombres, despertando en ellos instintos asesinos. Un enfoque caricaturesco que desemboca hoy en las moralejas más inoportunas.

PABLO SÁNCHEZ

